

Ladrillos ideológicos

para un muro

José Luis Rocha Gómez
Universidad Centroamericana (UCA),
Managua

pp. 121-142

Palabras clave:

América Latina, Estados Unidos, migración internacional, inmigrantes, inmigración ilegal, política migratoria, aspectos políticos, legislación sobre la inmigración, cultura, identidad cultural.

Resumen

El trasfondo político-cultural en los Estados Unidos es una variable determinante en el diseño y ejecución de las políticas que el aparato estatal de ese país aplica a los inmigrantes. El creciente número de inmigrantes latinos y, entre ellos, de centroamericanos ha despertado la alarma de ciertos sectores estadounidenses y, en consecuencia, ha propiciado la elaboración de construcciones ideológicas que buscan convertirse en un dique cultural y que abonan argumentos a los diques físicos opuestos al flujo migratorio. A la luz de la información estadística más reciente disponible y de las reflexiones y escenarios presentados en la más importante elaboración conceptual sobre “la amenaza latina” a la identidad estadounidense (*Who are we?*, de Samuel Huntington), exploraremos y analizaremos el trasfondo cultural en el que se forman las políticas migratorias estadounidenses para sugerir cuáles son los temas migratorios más necesitados de una negociación por parte de los gobiernos centroamericanos y qué propuestas podrían ser más benéficas para los inmigrantes y adecuadas al contexto.

Diques, muros, vallas para esos “otros amenazantes”

El 6 de agosto de 1890, William Kemmler, un inmigrante alemán, fue el primero en estrenar la silla eléctrica en la Prisión de Auburn, en Nueva York. Un inmigrante tunecino residente en Francia fue el último en padecer la guillotina en 1977. Los inmigrantes jamás han sido *the cup of tea* de las sociedades que con escaso tino y justicia suelen ser llamadas de “acogida”. El historiador estadounidense Arthur Meier Schlesinger sostuvo que en Estados Unidos los hombres de más antiguo linaje colonial vieron a los recién llegados con una especie de alarma que fue repetida en cada nueva generación. Los inmigrantes caucásicos no han sido la excepción. También suscitaron temor y deprecio. Benjamín Franklin declaró que los inmigrantes alemanes derramados sobre Pennsylvania eran generalmente los más estúpidos de su propia nación: no estando habituados a la libertad, ignoran cómo hacer un recatado uso de la misma. Según Schlesinger, las objeciones más manidas contra la inmigración, aquellas que apelan a la no asimilabilidad, el pauperismo y la criminalidad, se originaron durante esos tempranos años, dejando para los años posteriores y más congestionados el desarrollo de argumentos derivados del miedo a la competencia económica¹.

Ocasionalmente el terror y rechazo ante los inmigrantes brotan con renovados bríos, y se multiplican las políticas, mecanismos, discursos y recursos para controlar, expulsar y criminalizar. Construir un enemigo aglutina y forma parte de la estrategia demagógica de los partidos de derecha para cosechar votos. George W. Bush construyó un enemigo afuera —los musulmanes— y un enemigo adentro —los inmigrantes—. La tensión es evidente: los políticos quieren rechazarlos, los empresarios necesitan contratarlos. La contradicción es apa-

rente y se disuelve mostrando que el costo de la mano de obra es inversamente proporcional a la cantidad y efectividad de las medidas que restringen el ingreso de inmigrantes, es decir, “a mayor irregularidad, mayor rentabilidad”. Las medidas restrictivas redistribuyen los costos de la presencia de los inmigrantes: los contribuyentes financian la construcción de la irregularidad y los empresarios la capitalizan.

Para engrasar este lucrativo sistema (máquina que produce votos y dólares), en los últimos seis meses se han dado pasos que expresan hasta qué punto ha subido la temperatura de las políticas hacia los inmigrantes. El 16 de diciembre de 2005, la Cámara de Representantes de Estados Unidos aprobó el proyecto de ley HR 4437 (Ley de 2005 para la Protección Fronteriza, Antiterrorismo y Control de la Inmigración Ilegal)², mejor conocida como Ley Sensenbrenner, por su promotor, el representante republicano de Wisconsin, James Sensenbrenner. Este proyecto propone, entre otras cosas, la construcción de un muro de 1,120 Km. a lo largo de la frontera de Estados Unidos con México, en los puntos con mayor cruce de inmigrantes indocumentados; entrega al gobierno federal la custodia de los *illegal aliens* (extranjeros ilegales) detenidos por autoridades locales, con el propósito de evitar que sean liberados sin ser procesados por carencia de recursos; obliga a que los empleadores verifiquen el estatus legal de sus trabajadores a través de medios electrónicos; requiere el envío de informes al Congreso para asegurarse de que esas verificaciones están siendo realizadas; elimina las concesiones al gobierno federal o los gobiernos estatales y locales para aplicar una política de santuario (ciudades como Chicago o New York han tenido este tipo de políticas particulares que hacen caso omiso de disposiciones generales más restrictivas); incorpora las comunicaciones satelitales entre oficiales de inmigración; requiere que

1. Schlesinger, Arthur Meier, “The Significance of Immigration in American History”, *American Journal of Sociology*, Volume 27, Issue 1, 1921, pp. 71-85.
2. The Border Protection, Antiterrorism, and Illegal Immigration Control Act of 2005.

todo los uniformes de las patrullas fronterizas sean hechos en Estados Unidos para evitar falsificaciones; requiere que el Departamento de Seguridad Nacional reporte al Congreso el número de OTM (*Other Than Mexicans*: los no mexicanos) aprehendidos y deportados, y el número de aquellos provenientes de Estados que promueven el terror; obliga a que todos los indocumentados —antes de su deportación— paguen 3 mil dólares si están de acuerdo en salir voluntariamente pero no se adhieren a los términos del acuerdo; establece un período de gracia de 60 días para la salida voluntaria; requiere un estudio sobre un posible muro fronterizo con Canadá; fija en 10 años la sentencia mínima por portación de documentos falsos; requiere la presentación de récord criminal —con garantía de estar fuera de la lista de terroristas— a cualquier extranjero que solicite la concesión del estatus legal; establece una pena no menor a 3 años de cárcel para quienes hospeden a indocumentados; añade los delitos de trata y tráfico al estatus de lavado de dinero; incrementa las penas por emplear a extranjeros indocumentados a 7 mil 500 dólares en el caso de la primera denuncia, a 15 mil para la segunda y a 40 mil para las subsecuentes; prohíbe prestar ayuda a los indocumentados y aplica la misma pena de cárcel que le corresponde a un inmigrante a quienes conscientemente desobedezcan este mandato. Y aunque esta última disposición apunta hacia los traficantes, tal y como está redactada también afecta a las iglesias, instituciones de caridad y vecinos que ayudan a los indocumentados proporcionándoles comida, ropa o refugio.

Posteriormente, el Comité Judicial del Senado aprobó un proyecto de ley que intenta incorporar tanto medidas de seguridad como algunos mecanismos para regularizar la presencia de algunos indocumentados y un programa de trabajadores huéspedes. Pero ese proyecto debía compatibilizarse con lo establecido en la ley Sensenbrenner, una tarea en exceso espinosa, y más aún con las señales

que el gobierno estadounidense emitió como respuesta a las manifestaciones de protesta de los inmigrantes y los grupos solidarios. El contragolpe llegó en varias formas. Entre las medidas de aplicación inmediata, no faltó la represión. Así lo denunció el sociólogo James Petras: “La policía de inmigración ha aumentado las detenciones masivas en los lugares de trabajo, intentando provocar un clima de intimidación. Durante la semana del 21 al 28 de abril, el jefe de la Homeland Security Agency, Michael Chertoff, dirigió la detención de 1,100 trabajadores indocumentados en 26 estados”³. Posteriormente, el 15 de mayo, el presidente Bush ordenó el despliegue de 6 mil efectivos del ejército sobre la línea fronteriza con México para reforzar a las patrullas fronterizas en su persecución de indocumentados. Dos días después, con 83 votos a favor y solamente 16 votos en contra, el Senado aprobó la construcción de una barrera de tres vallas a lo largo de 595 kilómetros de frontera y una barrera de 804 kilómetros para bloquear el tránsito de vehículos. También aprobó una enmienda que excluye de un eventual programa de legalización a los extranjeros indocumentados con antecedentes criminales, considerando entre éstos a quienes han cometido un delito grave o tres delitos menores.

El vecino del sur, el gobierno mexicano comandado por Vicente Fox, justificó el muro y el despliegue militar como una medida que brinda seguridad a los migrantes. Fox quizá pensaba en los migrantes de cuello blanco. Pocas voces discreparon. Pocas se dejaron oír. Y algunas lo hicieron con argumentos de doble filo. Incluso cuando un pensador como Jorge G. Castañeda señaló la inutilidad de la construcción de un muro en la frontera México-Estados Unidos, planteó los conflictos sobre la migración de latinoamericanos hacia el norte en términos de las relaciones de México con Estados Unidos —excluyendo así de un rol protagónico a otros países latinoamericanos— y abogó por políticas que restrinjan

3. Petras, James, “Mesoamérica llega a Norteamérica: dialéctica del movimiento de trabajadores inmigrantes”, en <http://www.telesurtv.net/opinion-mesoamerica.php>

el tráfico de migrantes. “México —dice Castañeda— debe asumir la responsabilidad de regular ese tráfico, lo que significa algo más que sellar su frontera sur. El gobierno podría, por ejemplo, duplicar los pagos de seguridad social a los hogares donde sea el hombre quien se queda en casa, amenazar con revocar los derechos de reforma agraria después de años de ausencia de las comunidades rurales y establecer puntos de estrangulamiento en las carreteras en el istmo de Tehuantepec”⁴. En la versión de Castañeda, el muro físico es sustituido por una barrera de políticas de palo y zanahoria, y por operativos policiales.

Identidades en busca de un enemigo. Huntington se pregunta *Who are we?*

Un país que se rodea de murallas y se llena de medidas paranoicas no parece muy en consonancia con la autoproclamada devoción por la libertad. El discurso y las políticas migratorias estadounidenses han descrito un giro notorio, en el que coinciden con muchos otros países desarrollados receptores de migrantes. El sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein afirma sobre este giro: “Cuando la Unión Soviética no permitía a sus habitantes emigrar libremente, se le acusaba con indignación de violar los derechos humanos, pero cuando los regímenes poscomunistas permiten a la gente emigrar sin restricciones, inmediatamente los países más ricos imponen barreras a su entrada”⁵. Y entonces resucitan y se ondean todas las maledicencias sobre los inmigrantes. Wallerstein las agrupa en dos bloques: “1) que reducen los niveles de ingreso de los nacionales al trabajar en empleos poco remunerados y obtener beneficios de los programas de asistencia del Estado, y 2) que representan un ‘problema’ social, ya sea porque son una carga para los demás, porque son más propensos al crimen o porque insisten en conservar sus costumbres y no logran ‘asimilarse’ a los países receptores”⁶.

Esas percepciones y quejas son el anteproyecto de la valla. Las murallas físicas necesitan murallas ideológicas. Explotando la fama adquirida con *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, hace poco más de un año el profesor de Harvard Samuel P. Huntington lanzó al público *Who are we? The challenges to America’s National Identity*, una extensa disquisición sobre la identidad estadounidense y sobre cómo se encuentra amenazada por los masivos flujos migratorios de latinos. Digamos que la suya es la versión culta y la cristalización en forma de argumentos de los temores suscitados por la avalancha de latinos. Tiene la virtud de ser una presentación condensada de las objeciones ante la migración de los latinoamericanos. Como tales, merecen ser consideradas atentamente por quienes en nuestros países —emisores de migrantes— están elaborando propuestas de políticas y de cabildeo. Esas propuestas deben tener presente cómo piensan los estadounidenses sobre su identidad, sobre las migraciones en general y, particularmente, sobre las migraciones de latinos. Huntington sostiene tres tesis. Empieza reconociendo que el interés por la identidad estadounidense ha variado a lo largo de la historia. Sólo tardíamente, en el siglo XVII, los colonos británicos se identificaron a sí mismos no únicamente como residentes de sus colonias individuales, sino también como americanos. Después de la independencia, la idea de una nación estadounidense se fue imponiendo gradualmente en el siglo XIX. La identidad nacional fue preeminente, comparada con otras identidades, tras la Guerra Civil, y el nacionalismo estadounidense floreció durante el siguiente siglo. En los años 60, sin embargo, las identidades subnacionales, binacionales y transnacionales comenzaron a rivalizar y a erosionar la preponderancia de la identidad nacional. Los trágicos eventos del 11 de septiembre trajeron de regreso la identidad nacional al proscenio: cuando los estadounidenses encuentran que

4. Castañeda, Jorge G., “El debate equivocado sobre la inmigración en Estados Unidos”, *El Nuevo Diario*, Managua, 24 de marzo de 2006.

5. *La Jornada*, 17 de junio de 2002.

6. *Ibidem*.

su país está en peligro, son más propensos a identificarse con él.

A lo largo de los siglos —continúa Huntington, como segunda tesis—, los estadounidenses han definido la sustancia de su identidad en términos de raza, etnicidad, ideología y cultura. Raza y etnicidad están ahora ampliamente eliminadas: los estadounidenses ven su país como una sociedad multirracial. Es el credo estadounidense, formulado por Thomas Jefferson y elaborado por muchos otros, el elemento crucial que define la identidad del país. Este credo, sin embargo, fue el producto distintivo de la cultura anglo-protestante de los colonos que llegaron a América en los siglos XVII y XVIII. Los elementos claves de esa cultura incluyen la lengua inglesa, el cristianismo, el compromiso religioso, los conceptos ingleses del estado de derecho, la responsabilidad de los gobernantes y los derechos individuales, así como los valores protestantes del individualismo, la ética del trabajo y la convicción de que los humanos tienen la habilidad y el deber de crear un paraíso sobre la tierra. Históricamente, millones de inmigrantes fueron atraídos a Estados Unidos debido a esa cultura y a las oportunidades económicas que ella ayuda a concretar. Así, Estados Unidos no es una nación de migrantes, sino de colonos que llegaron a construir el Reino de los Cielos en la tierra.

La tercera tesis sostiene que la cultura anglo-protestante ha sido central para la identidad de los estadounidenses a lo largo de tres siglos. Esa es la base común, según han reconocido innumerables observadores, y lo que lo distingue a los estadounidenses de otros pueblos. A finales del siglo XX, la importancia y la sustancia de esta cultura fueron retadas por una nueva ola migratoria proveniente de Latinoamérica y Asia; la popularidad en círculos intelectuales y políticos de las doctrinas del multiculturalismo y la diversidad; la diseminación del español como segunda lengua y las tendencias hispanoamericanas de la sociedad estadounidense; la afirmación de identidades

grupales basadas en raza, etnicidad y género; el impacto de las diásporas y sus gobiernos; y el creciente interés de las élites por las identidades cosmopolitas y transnacionales. Todas estas tendencias constituyen retos para el idioma inglés, el credo y el núcleo cultural estadounidense. Son retos a la identidad. Los latinos son particularmente peligrosos porque son demasiados, católicos, mantienen su lengua, realizan matrimonios endógenos y otros rasgos que dificultan su asimilación al credo estadounidense y la cultura anglo-protestante. Son una perturbación cultural que podría deformar el *ethos* que hizo de Estados Unidos la gran nación que actualmente es. En respuesta a estos retos, la identidad estadounidense podría orientarse hacia: 1) unos Estados Unidos basados en el credo estadounidense, carente de un núcleo cultural histórico y unido sólo por el compromiso con ese credo; 2) unos Estados Unidos bifurcados, con dos lenguas (español e inglés) y dos culturas (anglo-protestante e hispana); 3) una nación exclusivista, nuevamente definida por raza y etnicidad, y que excluye o subordina a quienes no son blancos y europeos; 4) unos Estados Unidos revitalizados que reafirman su histórica cultura anglo-protestante, su compromiso y valores religiosos, y se enfrentan a un mundo nada amistoso; y 5) una combinación de estas y otras posibilidades⁷.

Huntington no ha sido el primero en destacar el papel determinante del credo fundacional y de los primeros colonos. Uno de los máximos contribuyentes a la leyenda rosa del sistema estadounidense, Alexis de Tocqueville, llegó al extremo de afirmar: “Creo que puedo ver todo el destino de América contenido en los primeros puritanos que desembarcaron en estas costas”. ¿Es posible determinar la veracidad de esta afirmación? ¿Podemos describir de modo concluyente la identidad de un pueblo? El problema de las identidades, dice el analista Fernando Escalante Gozalbo, “siempre será un tema confuso, discutido, difícil de manejar, no porque sea en sí mismo más complejo que otros, sino porque las identidades son por

7. Huntington, Samuel P., *Who are we? The challenges to America's National Identity*, Simon and Schuster Paperbacks, New York, 2004, pp. XV–XVII.

definición imaginarias y pueden construirse echando mano de cualquier cosa. El problema puede resumirse en una frase: hablar sobre la identidad es hacer política”⁸. Algunos críticos han mencionado que las reacciones huntingtonianas manifiestan el desplazamiento hacia el plano cultural (más susceptible de manipulación sentimental alrededor de nostalgias y temores al otro) de problemas económicos que se evaden. En cualquier caso, es razonable tomar el escrito de Huntington como una manifestación sintomática de cierto sector político —el sector que aprobó la ley Sensenbrenner nada en el mismo caldo—, como una elaboración ideológica al servicio de las posiciones menos amistosas hacia los migrantes, como la cristalización verbal de una emotividad a veces altamente perniciosa. En definitiva, como un ladrillo ideológico del muro con el que algunos legisladores aspiran a sellar la frontera con México. Se trata de una elaboración con la que hay que discutir y que debe ser tenida en cuenta por las estrategias de cabildeo, porque es la formulación académica de un rechazo que en otros ámbitos se formula como muro, redadas policiales, hostigamiento racial, etc. Las tesis de Huntington merecen ser tenidas en cuenta en el diseño de políticas y operaciones de cabildeo de los países latinoamericanos. Sobre esta suposición montaré la pertinencia del análisis y reflexiones que presento a continuación.

¿Somos una amenaza porque somos demasiados?

Para empezar, revisemos los numeritos. A Huntington le parece que somos demasiados. Es cierto que los latinos hemos ido aumentando hasta constituir la mayor minoría étnica en Estados Unidos. Éramos apenas 1.7 millones

en 1970. Pasamos a 4.39 millones en 1980 y a 8.37 millones en 1990. Y en 2000, los casi 16 millones de nacidos en Latinoamérica que viven en Estados Unidos son la mayoría de los extranjeros⁹: 51.7% de los 31,107,889 nacidos en el extranjero. El 36% de esos 31 millones son centroamericanos y mexicanos. En Arizona, Florida y Texas, el peso de los latinoamericanos entre los nacidos en el extranjero supera el 70%¹⁰. Y en algunos estados los latinos son más notorios, incluso considerando la población total, como ocurre en los estados que pertenecieron a México: Texas tiene 32% de población latina; Nuevo México, 42%; California, 32.4%; y Arizona, 25.3%. Creo que hay razones obvias para que se realizara ese destino manifiesto que descubre Huntington.

Aun así, podemos decirle a Mister Huntington: “No es para tanto; los blancos siguen imponiéndose”. Echando una rápida ojeada, a vuelo de pájaro, sobre las estadísticas podemos comprobar que, por ejemplo, en 1890 y 1910 el peso porcentual de los nacidos en el extranjero (14.7% de la población total) estuvo varios punto porcentuales por encima del peso actual. La población nativa sigue siendo muy mayoritaria.

Porcentaje de residentes en Estados Unidos nacidos en el exterior

Años	1890	1910	1990	2000
% extranjeros	14.7	14.7	7.9	11.1

Fuente: Census Bureau y Lee, Erika, 2004¹¹

Aunque Estados Unidos con su 11.1% de migrantes (la CEPAL habla de 12.9%) está

8. Escalante Gozalbo, Fernando, “El enemigo en casa. Huntington y la ‘invasión latina’”, *Nueva Sociedad*, No. 201, Ene-Feb 2006, Buenos Aires, Argentina, pp. 46-47.
9. CEPAL, “Migración internacional, derechos humanos y desarrollo en América Latina y el Caribe. Síntesis y conclusiones”, Trigésimo primer período de sesiones, Montevideo, Uruguay, 20 al 24 de marzo del 2006, LC/G.2303(SES.31/11), 9 de marzo del 2006, p.18.
10. US Department of Commerce, Economics and Statistics Administration, Census Bureau, “The Foreign-Born Population: 2000”, Census 2000 Brief, Issued December 2003.
11. Para 1890 y 1910: Lee, Erika, 2004, “Immigration and America’s golden door”, *Reviews in American History*, The Johns Hopkins University Press, pp.68-75. Para 1990 y 2000: US Department of Commerce, Economics

muy por encima del 2.9% del promedio mundial, también está por debajo del 18.8% de Oceanía. No es, pues, la región del globo con más inmigrantes. Tampoco es la zona donde más ha crecido la relación migrantes/población total, cuya proporción pasó del 6.1% al 12.9% entre 1960 y el año 2000. Mucho más espectacular fue el salto que en ese mismo período dio la ex Unión Soviética, desde 1.4% a 10.2%, o el de 3.4% a 8.7% del conjunto de naciones desarrolladas. Según la CEPAL, toda América del Norte acoge —de muy mala gana, las más de las veces— al 23.3% de los migrantes del mundo, mientras que los llamados países en desarrollo —pese a su menor atractivo— han recibido al 36.9% de los migrantes¹². En América Latina, la población de las Antillas Neerlandesas presenta un 25.6% de inmigrantes. En Guadalupe, Martinica y Puerto Rico, 19.4%, 14% y 10% de los habitantes tienen esa categoría¹³. Muchos países enfrentan situaciones más llamativas que Estados Unidos. Aunque no es remoto que en esos países muchos de los inmigrantes sean bonachones y prósperos jubilados, y no pobretones y amenazantes latinos.

En Estados Unidos, un país cuya extensión territorial se aproxima a la de toda Europa, con un PIB per cápita de más de 40 mil dólares y una densidad poblacional de 29 habitantes por kilómetro cuadrado, las migraciones no pueden tener el mismo impacto y significado que en una Bélgica de 337 habitantes por kilómetro cuadrado, una Alemania con 233, el Reino Unido con 244, Dinamarca con 125, Italia con 192, Suiza con 177, Francia con 109 ó España con 79¹⁴. Posiblemente la densidad poblacional no es el factor más decisivo. En cualquier caso, no es el único entre los factores políticos y económicos para definir lo indefinible y mensurar lo que se resiste a las medidas debido a la multiplicidad de elementos en juego: la capacidad de absorción de inmigrantes

que tiene cada sociedad. Factores políticos, demográficos y económicos hay muchos: la gobernabilidad y todos sus elementos tributarios, los mercados laborales y el reclutamiento más o menos agresivo de los empleadores, las tasas de crecimiento poblacional, la densidad poblacional, etc. Si bien ninguna sociedad tiene una ilimitada capacidad de absorción y es imposible definir cuál es ésta —aunque quizás una despenalización de los flujos nos ayudaría a conocerla—, no deben ser las barreras culturales edificadas por políticos y pensadores xenófobos las que determinen el volumen de migrantes socialmente aceptable.

¿Qué es lo que preocupa a Huntington y muchos otros? ¿La pérdida de la blancura? ¿La disolución de lo WASP (*White Anglo-Saxon Protestant*) en un mar de migrantes? Después de tantas olas de migrantes irlandeses, italianos, polacos, checos y de otros países de Europa Oriental, difícilmente se podrá hablar de mantener a ingleses con valores presbiterianos. Pero aun así, Estados Unidos se mantiene como territorio de los caras pálidas. Todavía se trata de un país con 211 millones de blancos (75% de la población total), 217 millones de blancos con alguna combinación (77%) y apenas 64 millones de no-blancos (23%)¹⁵. Si a los exclusivamente blancos se les restan los latinos blancos, tenemos todavía más de 194 millones de blancos (69.1% de la población).

La huida blanca y la avanzada latina

Como suele ocurrir con frecuencia, lo macro y lo micro no coinciden, especialmente cuando lo macro sólo es un promedio que no refleja las situaciones particulares. La gradual coloración de la blancura estadounidense adquiere otras dimensiones a nivel local. La transformación de los patrones habitacionales de los espacios micro es muy alarmante para

and Statistics Administration, Census Bureau, "The Foreign-Born Population: 2000", Census 2000 Brief, Issued December 2003.

12. CEPAL, *op. cit.*, p.13.

13. *Ibid.*, p. 15.

14. http://es.wikipedia.org/wiki/Lista_de_pa%C3%ADses_por_densidad_de_poblaci%C3%B3n

15. Data Set: Census 2000, <http://factfinder.census.gov/home/en/datanotes/expsf1u.htm>.

los amantes de la blancura sin mácula. Ciertos barrios, zonas de la ciudad, escuelas, parques se van llenando de inmigrantes. Muchos de ellos son latinos. Por ejemplo, algunos barrios de Miami se fueron cubanizando. Crearon la *Little Havana*. Y después, como unas olas de inmigrantes empujan a otras y los últimos en llegar siempre se asientan en las zonas más marginadas, parte de la *Little Havana* se convirtió en *Little Managua*. Una trayectoria semejante ha tenido el barrio Pilsen de Chicago. A mediados del siglo XIX fue habitado por alemanes e irlandeses, quienes fueron reemplazados por inmigrantes checos —que convirtieron ese barrio en la segunda ciudad más grande de lo que ahora llamamos República Checa—, quienes a su vez empezaron a ser sustituidos desde mediados del siglo XX por mexicanos. En la actualidad, casi el 90% de sus habitantes son latinos¹⁶. El pánico de expande, la blancura está saliendo de muchos barrios y ese éxodo tiene un nombre. En Estados Unidos la expresión *white flight*, “huida blanca”, alude al progresivo abandono por parte de las familias blancas de aquellos barrios o poblaciones donde se da una creciente presencia de otros grupos étnicos, o donde las escuelas son objeto de programas de integración racial.

De acuerdo al periodista Eric Schlosser, “entre 1990 y 1995, casi un millón de personas dejaron el sur de California, muchas de ellas para dirigirse a los estados montañosos. William H. Frey, antiguo profesor de demografía en la Universidad de Michigan, ha denominado a esta emigración ‘la nueva huida blanca’. En 1998, la población blanca de California cayó por debajo del 50 por ciento por primera vez desde la fiebre del oro. El éxodo de blancos ha modificado además la ecuación política de California, convirtiendo el lugar de nacimiento de la denominada ‘revolución Re-

agan’ en uno de los estados más sólidamente demócratas del país”¹⁷.

La estampida blanca no ha sido la única ni la más ominosa de las reacciones ante la presencia de inmigrantes. A medida que en Estados Unidos se fue imponiendo la noción de “blancura” —glorificada como garantía de superioridad física, moral e intelectual—, los no-blancos han sido los predilectos como blanco de la discriminación. En 1986, un grupo de veinte blancos atacaron a tres hombres negros en Brooklyn. Desde entonces hasta 1995, Brooklyn fue testigo de 300 crímenes de motivación racial dirigidos contra negros, 84 dirigidos contra latinos y 78 dirigidos contra asiáticos. Los blancos, bien establecidos como amos y señores del lugar, sobresalen entre los perpetradores de crímenes raciales. Entre 1987 y 1995, en la ciudad de Nueva York, los blancos cometieron el 31.4% de los crímenes raciales cuyas víctimas fueron latinos y el 18.9% de crímenes con asiáticos como víctimas. En contraste, los latinos fueron victimarios del 8.3% de los asiáticos y del 2.6% de los negros. Y los asiáticos no cometieron crímenes contra latinos ni contra blancos. Apenas fueron responsables del 0.1% de crímenes contra negros¹⁸. Además, la segregación residencial ha afectado más a los latinos que a los asiáticos. En las décadas de los 70 y 80 se detectó un incremento sustancial de la segregación residencial de los latinos en áreas urbanas con mucha inmigración latina y aumento poblacional. La segregación de los latinos está altamente vinculada al estatus socio-económico, la aculturación y la suburbanización¹⁹.

Esta huida blanca es expresión —y los crímenes de motivación racial son muestras de— xenofobia, entre otras cosas, y de la dificultad de que ciertos grupos acepten una

16. http://en.wikipedia.org/wiki/Pilsen,_Chicago.

17. Schlosser, Eric, *Fast Food*, Debolsillo, Barcelona, 2003, p. 98.

18. Green, Donald P.; Strolovitch, Dara Z.; and Wong, Janelle S., “Defended Neighbourhoods, Integration, and Racially Motivated Crime”, *American Journal of Sociology*, Volume 104, Number 2, 1998, pp.372-403.

19. Massey, Douglas S. y Denton, Nancy A., “Trends in the residential segregation of Blacks, Hispanics, and Asians: 1970-1980”, *American Sociological Review*, Volume 52, 1987, pp. 802-825.

gradual integración de otros grupos étnicos. ¿Será este un indicio de esa nación bifurcada que Huntington consigna como una de las posibles orientaciones de Estados Unidos? ¿O de una nación exclusivista definida por etnicidad y que excluye o subordina a quienes no son blancos? En cuanto reacción social, representa un hecho que debe ser incluido en los programas de cabildeo. Pero también representa una oportunidad política en los estados donde la presencia latina cambia la composición electoral y abre posibilidad de trocar las políticas represivas en legislación favorable a la integración. Aunque crecientemente explotables, durante mucho tiempo estas posibilidades estarán microlocalizadas. Pero paso a paso se irán multiplicando las posibilidades en algunos estados.

Centroamérica hacia los Estados post-nacionales

Los centroamericanos no pintamos tanto. Según la clasificación por raza del último censo estadounidense, en Estados Unidos habitan 34.6 millones de afroamericanos (12.3% de la población), 10.2 millones de asiáticos (3.6%) y 35.3 millones de latinos (12.5%). Dentro de ese grupo de latinos, los centroamericanos representamos el 4.8%²⁰, cifra más bien magra y que poco refleja nuestro peso real, porque el dato de 1.6 millones de centroamericanos que registra el censo difícilmente da cuenta de la presencia efectiva. Grandes o pequeños en los Estados Unidos, esos volúmenes de migrantes son importantes para los países emisores. Entrando al siglo XXI, varios estados y ciudades de Estados Unidos alojan a más ciudadanos centroamericanos que muchos departamentos y ciudades del istmo. Sólo en la ciudad de Los Ángeles, donde viven 368,416 salvadoreños, se encuentran más personas de esa nacionalidad que en cada uno de los departamentos de Ahuachapán, Chalatenango, Cuscatlán, La

Paz, Cabañas, San Vicente, Usulután, Morazán y La Unión. Los 516,859 salvadoreños que habitan en California superan en número a la población de cada departamento de El Salvador, exceptuando a la población de San Salvador, La Libertad y Santa Ana²¹. Hay más guatemaltecos en California (290,827) que en Baja Verapaz o El Progreso. En la famosa ciudad de Cobán vive menos de la mitad de los guatemaltecos que residen en Los Ángeles. La ciudad de Granada apenas tiene 30 mil nicaragüenses más que Miami. Los nicaragüenses que residen en esta ciudad (79,896) superan con creces a la población de la mayoría de las ciudades nicaragüenses²². Este hecho demográfico, unido al peso económico de las remesas familiares y la inversión de los migrantes en viajes turísticos, comunicaciones y proyectos locales, constituye un reto para las políticas de los Estados centroamericanos. El artículo *El potencial de la comunidad de 'allá' para despolarizar la política de 'acá'* muestra la capacidad de las asociaciones de migrantes salvadoreños de invertir en proyectos e inclinar la balanza en las elecciones municipales²³, un indicio inequívoco de que la comunidad salvadoreña trasciende los límites territoriales de El Salvador.

Los gobiernos de algunos países diseñan sus campañas de cabildeo ante el gobierno estadounidense inspirados en este post-nacionalismo. Desafortunadamente, no todos los gobiernos centroamericanos son igualmente beligerantes en esta tarea y, habitualmente, trabajan por separado, ajenos a los intereses que tienen en común y los potenciales beneficios de sumar fuerzas. La interconexión también hace que, en el caso de los países receptores, la política interna hacia los extranjeros sea al mismo tiempo una política exterior. Y viceversa: el aparato estatal de Estados Unidos no sólo administra capital y servicios para millo-

20. Race and Hispanic or Latino: 2000, Data Set: Census 2000 Summary File 1 (SF 1) 100-Percent Data.

21. Datos de salvadoreños en El Salvador, en http://www.digestyc.gob.sv/DigestycWeb/Estad_Demograficas/ProyeccionesDepto.htm

22. U.S. Census Bureau, 2004 American Community Survey, <http://factfinder.census.gov/servlet/DTTable?>

23. Ver ECA, No. 648, octubre de 2002, pp. 857-872.

nes de extranjeros que habitan en su territorio, sino que también aplica una política exterior en función de esos extranjeros. Todos estos rasgos de la geopolítica han sido pobremente aprovechados; fueron los grandes ausentes de las negociaciones de los tratados de libre comercio. Excepto en el caso salvadoreño, las élites políticas centroamericanas —ni siquiera por la cuenta que les tiene— parecen coincidir con Huntington en su ignorancia de este post-nacionalismo.

Somos un mercado: el trasero de Jennifer López

En el marco de las negociaciones con el gobierno estadounidense, existen diversos puntos de apoyo para la “amenaza latina”. Puntos muy sensibles para la población nativa y el funcionamiento del sistema estadounidense. En primer lugar, hay que recordarle a Huntington y a sus seguidores, o impulsores, que los latinos residentes en Estados Unidos somos un importante mercado de consumidores, situación que ha tenido y seguirá teniendo consecuencias para el estatus de los latinos, como subraya la académica Frances Negrón-Muntaner: “Nadie lo sabía entonces, pero la nueva onda cultural latina comenzó en 1995, cuando la cantante Selena Quintanilla fue asesinada por Yolanda Saldívar, la presidenta de su club de fans. A pesar de lo trágico —en el sentido clásico— del episodio, la explosión de visibilidad que siguió les dio un nuevo sentido de optimismo, posibilidad y autoestima a muchos latinos. El editor de la revista *People*, por ejemplo, llegó a degustar ese vasto apetito de ciudadanía cultural de más de 30 millones de latinos (y sus 190,000 millones de dólares de poder adquisitivo), cuando en 24 horas vendió cerca de un millón de copias de la edición especial dedicada a Selena. En ese instante, las miradas del capital y los anhelos de reconocimiento de los latinos se unieron en un largo beso de posibilidades, y ‘explotó’ el boom cultural actual”²⁴.

Negrón-Muntaner, en su desenfadado y agudo artículo “El trasero de Jennifer López”, explica cómo el cuerpo —y especialmente el muy latino trasero— de la famosa cantante puertorriqueña-estadounidense —considerada por muchos la mujer más bella del planeta— se convirtió en un objeto emblemático para imponer el gusto latino: las nalgas de dimensiones latinas, símbolo sexual y supuesta manifestación de una dieta nada anglo-protestante, entraron a los cánones de belleza estadounidenses y ahora definen el gusto. La puerta del mercado es una de las rutas culturales que los latinos seguirán explotando. El boicot contra el republicano James Sensenbrenner, accionista de la empresa Kimberly Clark —que lanza al mercado las marcas Little Swimmers, Kleenex, Scott, Huggies, Pull-Ups, Kotex, Poise, Viva, Cottonelle y Depend—, es uno de los mecanismos de presión y ejercicios de ciudadanía a los cuales los latinos recurrieron y podrán seguir recurriendo; aunque existan otras expresiones de la ciudadanía que seguirán siendo importantes y laboriosamente trabajadas.

Somos una oferta de mano de obra

También está la ciudadanía laboral: somos una oferta de mano de obra de la que Estados Unidos no puede prescindir, aunque quiera exprimir al más bajo precio. En relación al incontenible flujo de migrantes y los estados que los atraen, Wallerstein sostiene: “Deben desempeñar alguna función para ellos. Están dispuestos a tomar empleos que los habitantes locales rehúsan considerar; no obstante, son necesarios para el funcionamiento de la economía. Más aun, dado que la mayoría de los países ricos tienen tasas de crecimiento demográficas descendentes (el porcentaje de personas mayores de 65 años sigue creciendo), los nacionales no podrían beneficiarse de las pensiones de las que actualmente gozan si no fuera por los inmigrantes (entre 18 y 65 años de edad) que expanden la base de con-

24. Negrón-Muntaner, Frances, “El trasero de Jennifer López”, *Nueva Sociedad*, No.201, Ene-Feb 2006, Buenos Aires, Argentina, pp. 129-130.

tribuciones que permite financiarlas. Sabemos que en los próximos 25 años, si es que el número anual de inmigrantes no se cuadruplica, habrá recortes presupuestarios drásticos hacia 2025²⁵. El *New York Times* ha difundido datos sobre el significativo aporte de los inmigrantes a la seguridad social.

En Estados Unidos existen importantes industrias que dependen de la mano de obra inmigrante. En algunos estados, esa dependencia es una constante histórica. El potencial agrario de California era inmenso: suelo rico, clima privilegiado y abundante agua para riego, pero carecía de la mano de obra necesaria para cosechar las manzanas, melones, naranjas y dátiles. Primero los inmigrantes chinos, después los japoneses, luego los mexicanos y finalmente otros latinoamericanos han solucionado la escasez de mano de obra agrícola en California. Los mexicanos eran la mejor solución, pues se suponía que no solamente trabajarían duro por un bajo salario, sino que retornarían a casa cuando no se los necesitara. Por eso hubo una completa libertad de movimiento entre California y México hasta 1929, inicio de la gran depresión y año en que la migración clandestina al territorio estadounidense fue declarada delito menor. En ese momento, entre el 70% y el 80% de los trabajadores inmigrantes de California eran mexicanos. Según Eric Schlosser, la agricultura sigue siendo la principal industria de California: “Desde finales de la década de 1940 es este estado el que realiza la mayor aportación a la producción agrícola estadounidense, y en la actualidad produce más de la mitad de la fruta, los frutos secos y las hortalizas que se consumen en Estados Unidos”²⁶.

La próspera agricultura californiana tiene problemas: el valor real de su producción anual ha descendido en 14% en las dos últimas décadas; las urbanizaciones se tragaron 120 mil hectáreas de tierras agrícolas entre

1982 y 1997; las ciudades compiten por el agua con los cultivos. La solución descansa sobre los migrantes. El permanente flujo de inmigrantes ha posibilitado la expansión de las áreas de cultivo en ciertas zonas. La fresa, por ejemplo, es uno de los rubros más beneficiados por la importación de mano de obra. En el Valle de Santa María, a principios de la década de 1970 había 240 hectáreas; actualmente esa cifra se ha multiplicado por seis. California no siempre ha dominado la producción de fresas en Estados Unidos. A principios de los años 50, ese estado producía únicamente la tercera parte de las fresas del país. En la actualidad California produce el 80% de las fresas estadounidenses, un volumen que genera 840 millones de dólares al año. Los rendimientos por hectárea de la fresa pueden ser superiores a los de cualquier otro cultivo, excepto la marihuana. Las utopías de los tecnócratas —para otros, profecías apocalípticas— no se realizaron: no todos los procesos agrícolas pueden ser mecanizados. Muchos no se mecanizaron, sino que se mexicanizaron, y ahora se latinoamericanizan. La mano de obra es la clave para reducir los costos y garantizar frutas de calidad: “Casi todas las frutas y verduras que integran la dieta de los consumidores mínimamente preocupados por su salud, a menudo personas de nobles ideales, se siguen recolectando a mano: cada corazón de lechuga, cada racimo de uva, cada aguacate, melocotón o ciruela. Y en la medida en que aumenta la demanda de esos alimentos, también lo hace el número de trabajadores necesarios para su recolección. De los emigrantes que alberga California en la actualidad, entre el 30 y el 60% —en función del cultivo de que se trate— son clandestinos”²⁷. Esta necesidad de la industria de la fresa tiene sus consecuencias demográficas y culturales: hay pequeños poblados que se están llenando de latinos. En 1960, el 18% de la población de Guadalupe era latino; hoy los latinos son el

25. *La Jornada*, 17 de junio de 2002.

26. Schlosser, Eric, *Porno, marihuana y espaldas mojadas. La economía sumergida en Estados Unidos*, Editorial Debate, Barcelona, 2004, p. 122.

27. *Ibíd.*, p. 123.

85% de los habitantes²⁸. La respuesta ha sido la huida blanca y la construcción de muros y condominios que aíslan a los caucásicos. El problema es que sin esa mano de obra y su disposición a trabajar largas jornadas y aceptar bajos salarios, la mayoría de las granjas californianas desaparecerían. Schlosser concluye: “Los inmigrantes clandestinos, generalmente vilipendiados y a menudo acusados de aprovecharse de la asistencia social, están subvencionando de hecho al sector más importante de la economía californiana”²⁹.

Los inmigrantes aumentan; los salarios disminuyen. “Los salarios por hora de algunos trabajadores agrícolas californianos, ajustados según la inflación, han descendido más de un 50% desde 1980”, según Schlosser³⁰. Su condición de indocumentados les priva de buenos salarios y otros beneficios: “Los cultivadores estadounidenses suelen estar obligados a pagar tasas de desempleo y seguros de accidentes por cada uno de sus empleados, además de las cotizaciones correspondientes a la seguridad social y al seguro médico. Pagar en metálico a un ‘trabajador invisible’ reduce los costes de dichos trabajadores como mínimo en un 20%. Saltarse las leyes californianas sobre horas extra reduce de hecho los salarios en un 50%”³¹. Las condiciones de empleo se establecen diariamente. Si los latinos siguen siendo absorbidos por el mercado laboral estadounidense, el principal problema es el marco jurídico de Estados Unidos y sus contradicciones con el sistema económico³². ¿Es que ahora Estados Unidos puede prescindir de esta mano de obra? ¿Cuál es la incomodidad? Las cosas no funcionaron mal mientras California absorbió el excedente de mano de obra mexicana y México asumió la educación, asistencia médica y jubilación de esa mano de obra.

Pero con migrantes que llegan a establecerse y a demandar servicios del Estado de bienestar estadounidense, la historia es distinta. Sin embargo, la solución no está tan lejos del bolsillo: mantener el actual nivel de pobreza entre los trabajadores agrícolas emigrantes ahorra a la familia norteamericana media unos 50 dólares al año³³. El problema es que el marco jurídico está siendo instrumentalizado. La abundancia de mano de obra indocumentada es una bendición para los empleadores inescrupulosos.

Otro tanto ocurre en la industria de la comida rápida. De acuerdo a Schlosser, “en la medida en que, superado el *baby boom*, el número de adolescentes declinó, las cadenas de comida rápida empezaron a contratar a otros trabajadores marginados: inmigrantes recién llegados... En la actualidad el inglés no es más que la segunda lengua de al menos una sexta parte de todos los empleados de restaurantes de Estados Unidos, y casi una tercera parte de dicho grupo no habla inglés en absoluto. Si nos ceñimos estrictamente a los restaurantes de comida rápida, la proporción de trabajadores que no hablan inglés es aún mayor. Muchos de ellos sólo conocen de dicha lengua los nombres de los artículos del menú: hablan ‘inglés McDonald’s’”³⁴. El debilitamiento de los sindicatos —declive de sus afiliados y capacidad de negociación— parece situarnos lejos de una solución: los latinos son necesarios, pero también necesitados y, por ello, fáciles presa de la explotación. Aquí hay un reto para las iniciativas de cabildeo: no hay que pensar únicamente en las remesas, sino también en los remesantes y en qué condiciones generan esas remesas. Aquí también hay una oportunidad: los inmigrantes latinos son imprescindibles para el mercado estadounidense y su mano de obra puede tener voz y conquistar otras formas de ciudadanía.

28. *Ibíd.*, p. 147.

29. *Ibíd.*, pp. 123-124.

30. *Ibíd.*, pp. 124-125.

31. *Ibíd.*, p. 129.

32. Escalante Gozalbo, Fernando, *op. cit.*, p. 59.

33. Schlosser, Eric, *op. cit.*, p. 159.

34. Schlosser, Eric, *Fast Food*, *op. cit.*, p. 107.

El contragolpe: los migrantes pasan a la ofensiva. Somos un movimiento

En cualquier época de la historia, la política es una lucha, una medición de fuerzas. Un grupo no tiene la garantía de someter por los siglos de los siglos al resto de la población únicamente apelando a que sus ancestros fueron los fundadores del país que controla. Impone quien tenga más peso y sepa hacer valer sus derechos. La inusitada reacción de los inmigrantes ante las legislaciones que criminalizan la migración ha sido una muestra de su capacidad de presión. En poco más de un mes, entre el 26 de marzo y el 1 de mayo de 2006, cerca de cinco millones de trabajadores inmigrantes y ciudadanos solidarios se manifestaron en las calles de más de un centenar de ciudades en Estados Unidos. Hubo manifestaciones en Washington, Boston, Detroit, Dallas, Houston, Oakland, San Francisco, Salt Lake City, Utah, Columbus, Wilmington y muchas otras. Los trabajadores inmigrantes establecieron una marca a la que ni siquiera la confederación estadounidense de sindicatos AFL-CIO ha llegado en sus 50 años de historia. Algunas manifestaciones dejaron un mojón histórico. En Washington, decenas de líderes religiosos, apoyados por más de mil 500 activistas e inmigrantes —entre ellos el organismo Mexicanos Sin Fronteras—, realizaron un servicio ecuménico frente al Capitolio, mientras el Comité Judicial debatía su proyecto sobre migración. El primero de marzo, desafiando el proyecto de ley Sensenbrenner que criminaliza a 12 millones de indocumentados y propone construir un muro fronterizo, organismos religiosos encabezados por el cardenal Theodore E. McCarrick, arzobispo de Washington, pidieron al gobierno una reforma migratoria integral respetuosa de los derechos humanos. “Estamos dando instrucciones a los párrocos para que sigan ayudando a la gente que no está legalizada”, afirmó el arzobispo McCarrick. “Las leyes no pueden prohibir que se le preste ayuda a la gente buena, añadió. McCarrick llamó a derrotar el proyecto de ley que respalda

el legislador republicano James Sensenbrenner, porque, a su juicio: “Cambiaría fundamentalmente la herencia de nuestra nación como una sociedad abierta, compasiva y que da la bienvenida”. El sábado 25 de marzo, medio millón de personas marcharon en las calles de Los Ángeles. Entre los manifestantes estaba el alcalde de la ciudad, Antonio Villaraigosa, y el cardenal Roger Mahoney, quien instruyó a los fieles de su diócesis a desobedecer toda ley que criminalice a quienes brinden ayuda a los indocumentados. La Iglesia se convirtió en promotora de la delincuencia, tal y como quedó definida en la ley Sensenbrenner.

“Nosotros construimos tus escuelas. Cocinamos tu comida. Somos el motor de este país, pero la gente no nos ve. Los negros y los blancos tuvieron su revolución... Ahora nos toca a nosotros”, declaró el rapero Jorge Ruiz durante una manifestación en Dallas, donde se congregaron unas mil 500 personas. El gobernador de Illinois, Rob Blagojevich, también participó en las protestas y dijo que “el trabajo de los migrantes es lo que ha hecho grandes a Illinois y a Estados Unidos. Los diversos clubes y asociaciones de inmigrantes están rindiendo fruto. Hay una masa crítica de latinoamericanos en ciertas escuelas de barrios, estaciones de radio y periódicos latinoamericanos que urde una red de actividades y concientización. Algunas pancartas de los manifestantes rezaban: ‘No somos terroristas, somos trabajadores’ y ‘No soy terrorista, soy lavaplatos’. Ahora existe un movimiento que combina demandas de grupo étnico y clase, y que demanda: ‘Queremos legalizarnos para vivir permanentemente en éste país’ y ‘Queremos un trato justo’³⁵. Mexicanos, centroamericanos, caribeños, gente de India y de China, de Filipinas y de países árabes, y algunos irlandeses e italianos, marcharon juntos, mano a mano. Hace algunos años pude constatar que la mayoría de los centroamericanos y colombianos que participaron en la huelga de los *janitors* (afanadores) en Boston no tenían experiencia previa —en sus países de origen— de sindicalización y menos

35. *La Jornada*, 27 de marzo de 2006.

aún de organizar revueltas. Estas son nuevas habilidades adquiridas y un precedente imborrable. Los migrantes están transformándose de chivos expiatorios en agentes de cambio.

¿Qué significa esto para los gobiernos que tratan de incidir en las políticas estadounidenses? Por supuesto que los gobiernos no pueden hacer cabildeo amenazando con revueltas de sus emigrantes, pero conviene que negocien sabiendo que los migrantes no están de brazos cruzados y que la presencia persuasiva del movimiento pro-derechos de los inmigrantes ha dado un giro a lo que puede exigirse. Hay que buscar puntos de coincidencia con grupos numerosos, de influencia, para romper con el rol de chivos expiatorios que se les impone a los migrantes. Tarea de los gobiernos centroamericanos: mantener contacto, fomentar las asociaciones de migrantes. Pero estas revueltas, ¿nos llevarán a la nación bifurcada? ¿Son un síntoma de que los latinos somos irremediablemente no asimilables?

¿Cuál identidad vamos a acentuar? Ni asimilados ni exofóbicos

Los latinoamericanos ya no somos tan aplastantemente católicos; multitud de denominaciones y sectas evangélicas nos han invadido. Tampoco somos tan ajenos a la cultura estadounidense como Huntington supone. No somos impermeables al influjo de las transnacionales, los viajes, las remesas culturales y la producción de Hollywood. Por otro lado, la identidad puede basarse en la cultura laboral, la religión, la lengua, el estrato social, la posición política, etc. ¿Cuáles vamos a enfatizar los latinos y, en particular, los centroamericanos? ¿Las que más nos alejan o las que más nos hace calzar con las identidades predominantes? ¿O vamos a buscar una identidad panlatinoamericanista? Las identidades se moldean, se les baja el perfil, y no tienen fronteras bien definidas. El problema, señala Escalante Gozalbo, es pensar en identidades “que se refieren —se supone— a rasgos fun-

damentales e inmodificables que constituyen un modo de vida, un modo de ser. Identidades deificadas, pensadas como una cosa sólida, de fronteras perfectamente claras, con una existencia objetiva e indiscutible”³⁶. A diferencia de Huntington, el filósofo estadounidense John Dewey no daba la identidad estadounidense como un hecho consumado de una vez para siempre, e incluso, no estando seguro de que existiera tal cosa, sostuvo que “merece la pena preguntarse si el tipo americano, presumiendo que realmente existe tal cosa, ha adoptado ya una forma definitiva”³⁷. De hecho, Dewey encontró terribles contradicciones en la cultura estadounidense que Huntington estima tan monolítica, sin fisuras y comprometida con el credo fundacional y la religión. Dewey decía que el estadounidense encubre su materialismo y ansia de dinero en un idealismo y altruismo, y denunció otras contradicciones: “Al lado de la desaparición del hogar y el aumento de los divorcios en un seiscientos por ciento en una sola generación, encontramos la glorificación del carácter sagrado del hogar y las maravillas del amor eterno más extendidas y sentimentales que la historia ha recogido jamás”³⁸. En breve volveré sobre los componentes de la cultura estadounidense. En este momento sólo quiero enfatizar que las identidades, sean latinoamericanas o estadounidenses, enfrentan contradicciones, no son tan fácilmente definibles y no están construidas para siempre. Los estadounidenses contribuirán a la cultura de los inmigrantes latinoamericanos e, indirectamente, de las familias de estos; los inmigrantes latinoamericanos contribuirán a la cultura estadounidense. Los latinoamericanos debemos ponernos al margen del supuesto choque de civilizaciones y no caer en la trampa de argumentar cuán superior es nuestra cultura. Hay y seguirá habiendo un diálogo cultural. Pero el diálogo será más próspero si los inmigrantes no son forzados a la asimilación —o aculturación, como desea Huntington— ni se encierran en sus guetos como reacción exofóbica.

36. Escalante Gozalbo, Fernando, *op. cit.*, p. 47.

37. Dewey, John, *Viejo y nuevo individualismo*, Paidós, Barcelona, 2003, p.64.

38. *Ibid.*, p. 56.

“La *exofobia* —según Lelio Mármora— no es específicamente sobre la inmigración, sino, en muchos casos, de los inmigrantes mismos sobre el contexto que los rodea. Se desarrolla a través del prejuicio que desde las minorías se siente frente a la sociedad global en que están insertas. [...] Para los enclaves cerrados de extranjeros, esta exofobia constituye un mecanismo de mantenimiento de la ‘pureza’ de su cultura, religión o ‘raza’”³⁹. El trabajo con los migrantes debe tener presente el peligro de la exofobia, a veces suscitado o alimentado por la xenofobia de la sociedad de destino. ¿Nuestra inmersión social será competitiva o colaborativa? Para que exista un diálogo fecundo entre las culturas estadounidense y latina, debe eliminarse el peligro del aislamiento de ambas partes. Sólo buscando el diálogo y la vulnerabilidad cultural se podrá mejorar la posición política y la producción discursiva de los movimientos de inmigrantes y debatir con Huntington y sus seguidores, y con interlocutores más amistosos.

Conocer la historia... las historias

Necesitamos conocer más y mejor la historia de Estados Unidos. Una historia de la que los latinos hemos sido y somos parte... a veces forzada. Debemos conocer especialmente la historia de las distintas olas de inmigrantes y su papel en la construcción de ese inmenso país. La lucha por los derechos de los migrantes se libra en las calles, en los despachos gubernamentales, en las cámaras de representantes y en las plataformas partidarias. Pero también en los medios de comunicación y en el debate académico. Y en muchos otros ámbitos. Esa lucha no puede reducirse a una mera sumatoria de firmas y peticiones. Debe extenderse a la producción de un efecto más ambicioso: un cambio de concepciones, el rediseño de una visión, la cirugía en una córnea perturbada por el temor al otro y por la veneración supersticiosa del principio de territorialidad. Se impone la necesidad de disolver los muy visibles y audibles ladrillos ideológicos del muro.

Hay que rescatar las historias que no colmulgan con la leyenda rosa de un grupo de colonos puritanos que vinieron a construir un mundo promisorio. De esta forma se podrá eliminar la tesis de Huntington de que las recientes olas migratorias son radicalmente distintas de los primeros migrantes que en el siglo XVII llegaron de Inglaterra. Aun cuando, sin duda, en muchos aspectos lo son, porque no se apropian de los bienes de los nativos ni pretenden exterminarlos. Los primeros inmigrantes, autoconcebidos como peregrinos, cultivaron el mito de la mano de Dios que los conducía a la tierra prometida. Nada como la predestinación divina para justificar la colonización de un territorio parcialmente ocupado por otros. Los migrantes actuales no han logrado diseminar un mito de arrastre semejante. El propósito de mejorar las condiciones de vida aparece como banal frente a la sagrada misión de fundar un nuevo mundo. Los advenedizos de hoy aparecen como arrimados que buscan disfrutar —y quizás destruir— lo que otros trabajosamente edificaron.

Huntington hace eco de la leyenda rosa que reflejó Tocqueville, sobre ese grupo de peregrinos que se establecieron en Nueva Inglaterra: “No era la necesidad lo que les obligaba a abandonar su país, puesto que en él dejaban una posición social estimable y medio de vida seguros. Tampoco marchaban al Nuevo Mundo afanosos de mejorar su situación o de aumentar sus riquezas; estos seres renunciaban a las dulzuras de la patria obedeciendo a una necesidad puramente intelectual; exponiéndose a los rigores inevitables del exilio, lo que perseguían era el triunfo de *una idea*”⁴⁰. Tocqueville asegura que todos los inmigrantes hablaban inglés y que desembarcaron en un territorio que los indígenas no habían sabido aprovechar, puesto que habían sido puestos ahí como *esperando* la llegada de quienes llegarían a construir una gran nación.

La historia real es muy distinta. Estados Unidos y el resto de América fueron por muchos

39. Mármora, Lelio, *Las políticas de migraciones internacionales*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002, pp. 76-77.

40. Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América 1*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 67.

años, para las aglomeradas poblaciones de Europa, una oportunidad de huir de la pobreza y la opresión. Así lo reconoció el historiador estadounidense Arthur Meier Schlesinger en 1921⁴¹. En “The Significance of Immigration in American History”, Schlesinger nos recuerda que los constantes flujos migratorios han tenido un rol protagónico y fructífero en los eventos más señeros de la historia de Estados Unidos: en un sentido amplio, la historia entera de esa nación es, en el fondo, la historia de las sucesivas olas migratorias y de la adaptación de los recién llegados y sus descendientes al nuevo entorno ofrecido por el hemisferio occidental⁴². La influencia de esas oleadas migratorias puede ser rastreada en los sistemas legales, costumbres e instituciones de muchas partes de Estados Unidos.

Los motivos de los migrantes fueron muy variados, aunque ahora algunos querrán subsumirlos en la construcción del paraíso terrenal. Schlesinger reconoce que si bien la motivación religiosa ha sido enfatizada en la historia de la colonización, no debería pasarse por alto que el impulso económico, operando de forma independiente o reforzando la convicción religiosa, movilizó a decenas de miles que huyeron a las costas americanas. La posición de Huntington no es nueva. Por eso Schlesinger se vio en la necesidad de advertir que los migrantes de ayer tuvieron los mismos motivos que los de hoy: la determinación de escapar de la opresión política o religiosa, y el deseo de mejorar sus condiciones de vida⁴³. Hubo mucho impulso mundano. También las grandes empresas ganaron con los flujos migratorios y por eso fueron sus activas promotoras. Hubo compañías pri-

vadas que pretendieron controlar y explotar el movimiento migratorio para su propio beneficio. En 1553, un grupo de comerciantes londinenses formó la Compañía Moscovia para organizar el comercio de pieles en Rusia a través del puerto ártico de Arjánguensk. En 1600, la Compañía de las Indias Orientales se formó para explotar el comercio con el lejano oriente. Si esas empresas eran lucrativas, también podría serlo una empresa colonizadora. El 10 de abril de 1606, dos grupos de ingleses, representando a la Compañía de Londres y la Compañía de Plymouth, obtuvieron permiso oficial para colonizar la costa oriental de América del Norte entre los paralelos 34° y 45° de latitud Norte, o sea, desde la costa de lo que ahora es Carolina del Norte hasta Maine⁴⁴. El más antiguo grupo

de colonos británicos, ubicado en Jamestown, fue establecido el 13 de mayo de 1607 por la Compañía de Londres, una corporación comercial interesada primariamente en el lucro de sus accionistas a costa de la diligencia de los colonos. William Penn fue un cuáquero que, después de los primeros asentamientos

en sus dominios de Pennsylvania, no perdió oportunidad de estimular la inmigración artificialmente, porque la resultante mejora del valor de los terrenos supuso un incremento de sus ingresos. Penn publicitó sus tierras por toda Europa, ofreciendo enormes extensiones a precios nominales y describiendo las ventajas políticas y religiosas de vivir bajo su gobierno. Anticipándose a prácticas ulteriores, mantuvo agentes pagados en el valle del Rin —coyotes, polleros, traficantes los llamaríamos ahora—, cuyo éxito quedó registrado en el hecho de que por muchos años los inmigrantes alemanes representaron casi la mitad de la población⁴⁵.

[...] Los latinoamericanos debemos ponernos al margen del supuesto choque de civilizaciones y no caer en la trampa de argumentar cuán superior es nuestra cultura. [...] Pero el diálogo será más próspero si los inmigrantes no son forzados a la asimilación —o aculturación, como desea Huntington— ni se encierran en sus guetos como reacción exofóbica.

41. Schlesinger, Arthur Meier, *op. cit.*, p. 71.

42. *Ibíd.*, p. 72.

43. *Ibíd.*, p. 73.

44. Asimov, Isaac, *La formación de América del Norte*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, pp. 92-93.

45. *Ibíd.*, pp. 73-74.

Otra fuente de “inmigración asistida” fue la costumbre de vaciar las cárceles de las naciones europeas en sus colonias. Se estima que 50 mil criminales fueron enviados por Gran Bretaña a las trece colonias. En su descargo debe reconocerse que el código penal condenaba a muerte por sólo robar un trozo de carne que no valía más que un chelín⁴⁶. Muchos de ellos estaban cumpliendo penas por deudas no honradas, como ocurrió con los 1,400 colonos que en 1749 fundaron Halifax, ciudad convertida en centro del gobierno colonial británico y desde entonces capital de Nueva Escocia⁴⁷. También las mujeres “de conducta irregular” fueron deportadas a América en el siglo XVIII. Prisiones y hospitales, como la Salpêtrière, en Francia, fueron la antesala de la deportación a América⁴⁸.

No siempre es generalmente entendido que incluso la población de las trece colonias inglesas fue una mezcla de tipos raciales. En Nueva Inglaterra, la mayoría de los primeros pobladores fueron ingleses, debido a la política puritana de exclusividad religiosa. Pero en las otras colonias británicas que dieron origen a Estados Unidos, llegó gran número de pobladores con diversos orígenes raciales y dejaron su impronta sobre la cultura nativa y, en menor medida, sobre el lenguaje. De ahí que Schlesinger encuentre instructivo recordar que el gran flujo de puritanos ingleses no excedió los 20 mil migrantes, mientras más de 150 mil presbiterianos escoceses e irlandeses se asentaron en las colonias durante el siglo XVIII⁴⁹. Puesto que las ciudades costeras habían sido rellenas con población inglesa, los nuevos grupos se asentaron en los valles del interior, donde ocuparon tierras fértiles y actuaron como amortiguadores contra las incursiones indias hacia los viejos asentamientos. Rápidamente desarrollaron una

conciencia de grupo debido a los organizados esfuerzos de las minorías anglo-americanas de la línea costera para minimizar la influencia de la población fronteriza en las cortes y legislaturas coloniales, y no faltaron ocasiones para que hicieran valer sus intereses. Cuando la ruptura con Gran Bretaña se aproximó, los grupos no ingleses de las zonas rurales, menos proclives a la lealtad con la corona inglesa, imprimieron una fuerza propulsora al movimiento independentista. Fueron factores decisivos en Pennsylvania y Carolina del Sur, donde los lazos de lealtad eran especialmente fuertes⁵⁰. Un contribuyente clave a la causa independentista fue Haym Solomon, uno de los miles de judíos que vivían en Estados Unidos, nacido en Polonia: adelantó al Ejército Continental 700 mil dólares que jamás recuperó⁵¹.

Ocho de los más prominentes hombres de la temprana historia de Nueva York no fueron ingleses, sino escoceses, alemanes, prusianos, franceses, holandeses y suecos. De los 56 valientes que suscribieron la declaración de independencia, 18 no tenían origen inglés. En 1779, Joseph Galloway, de Pennsylvania, quien luchó del lado de la corona, declaró ante la Casa de los Comunes que en el ejército patriota había un cuarto de nativos americanos, un cuarto de ingleses y escoceses, y dos cuartos de irlandeses⁵². El flujo de migrantes también fue decisivo en la Guerra Civil. Schlesinger estima de vital importancia para el futuro de la unión el hecho de que en la década previa a la Guerra Civil la población extranjera se elevara en un 84%. Alemanes e irlandeses suministraron más tropas a los ejércitos federales en proporción al total de su población que los nativos⁵³. La declaración de independencia de los Estados Unidos no fundó una nación nueva e independiente, sino trece naciones nuevas,

46. Schlesinger, Arthur Meier, *op. cit.*, p. 74.

47. Asimov, Isaac, *op. cit.*, p. 213.

48. Jacques Solé entrevistado por Dominique Simonnet en *La más bella historia del amor*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005, p. 74.

49. Schlesinger, Arthur Meier, *op. cit.*, p. 75.

50. *Ibíd.*, p. 75.

51. Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos (1763-1816)*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, p. 145.

52. Schlesinger, Arthur Meier, *op. cit.*, p. 76

53. *Ibíd.*, p. 79.

independientes, de fronteras inciertas y con mucha hostilidad entre ellas⁵⁴. La leyenda rosa y glorificadora del anglo-protestantismo, como vemos, tiene muchas fisuras. Los Estados Unidos son producto de un diálogo. A veces de feroces discusiones.

En esas discusiones, los migrantes y el tema migratorio tuvieron un rol beligerante. La inmigración, especialmente la de origen francés, recibió un agrio reconocimiento como impulsora de la democracia a través del rechazo del Partido Federalista, dominado por políticos de tendencia aristocrática, decidido a extinguir la herejía conocida como “democracia” o “mobocracia” (el gobierno de la plebe)⁵⁵. Según Isaac Asimov, “los conservadores americanos (como casi siempre desde entonces), pues, recelaron de los ‘agitadores extranjeros’ y los ultrafederalistas vieron en ello la oportunidad para consolidar su dominio del país y convertirlo en una república aristocrática, como una especie de Gran Bretaña sin rey”⁵⁶. Ese fue el propósito de las leyes sobre Extranjeros y Sedición. En 1798, el Congreso aprobó una ley que aumentó el requisito para la naturalización de cinco a catorce años de estadía, y otra ley que daba al presidente el derecho de expulsar a extranjeros del país cuando los considerase peligrosos o sospechosos de realizar una traición. En conjunto, ambas leyes abrían la posibilidad de que el presidente expulsara a cualquier extranjero durante los catorce años posteriores a su ingreso a Estados Unidos.

La argumentación de Hutington y las políticas xenófobas no son novedosas. En 1850, las grandes corporaciones reclutaban fuerza laboral migrante, para mortificación de los nativos y migrantes no recientes, quienes clamaban que los bajos estándares de vida de los extranjeros hacían imposible que los nativos compitieran con ellos. Ese argumento,

unido a la preponderancia del catolicismo entre los inmigrantes irlandeses, condujo a un movimiento anti-inmigratorio sin paralelos en la historia de Estados Unidos hasta 1920⁵⁷. La misma reacción, con idénticos argumentos, se repite ahora: los desordenados, pobretones y católicos latinos, contentos con los salarios mínimos, están poco menos que robando los empleos de los ciudadanos estadounidenses y amenazan con destruir el orden que los valores protestantes diseñaron y mantienen.

Hay que conocer la historia para disolver la leyenda rosa WASP y elaborar prognosis relativas a los cambios que cabe esperar de la masiva y creciente inmigración de los latinos. Hay que conocer la historia para entender el significado que los inmigrantes han tenido y pueden seguir teniendo en la historia de Estados Unidos, un país construido en diálogo, debate y, a veces, reyerta cultural. Pero siempre capaz de incorporar otras tradiciones. La cocina es uno de los indicadores de su sincretismo cultural: hamburguesas alemanas, pizza, omelet, *french fries* y muchos platillos de New Orleans, enchiladas mexicanas... El lenguaje también lo es: en 1643, un sacerdote jesuita que visitó Nueva Ámsterdam —luego convertida en New York— contó dieciocho lenguas⁵⁸. En la actualidad, el derecho a la educación bilingüe está ganado terreno en muchos estados. La música también lo es: desde los cantos espirituales y los *blues* hasta el *hip hop*, los afroamericanos han sido unos contribuyentes muy conspicuos a la riqueza musical de Estados Unidos. Las toponimias también lo son y dan cuenta de huellas muy variopintas. Nueva Jersey fue nombrada así por la isla anglo de Jersey. La dominación francesa dejó Luisiana, Mobile, Natchez, New Orleans, Vincennes, Port Royal y Carolina del Norte y del Sur —que fue originalmente Carolana, por el rey francés Carlos—. Staten Island, así llamada por los

54. Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos (1763-1816)*, op. cit., p. 84.

55. Mobocracy: Cuando los procedimientos de tomas de decisiones, los discursos y procesos han colapsado, una mayoría temporal introduce nuevas ideas sin considerar las normas establecidas o los derechos de la minoría (aristocracia).

56. Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos (1763-1816)*, op. cit., pp. 228-229.

57. Schlesinger, Arthur Meier, op. cit., p. 78.

58. Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos (1763-1816)*, op. cit., p. 126.

Estados Generales, la legislatura de los países bajos. El Bronx, así llamado por el inmigrante danés Jonas Bronck. Rensselaer, por el comerciante en diamantes Kiliaen Van Rensselaer. Yonkers, por un colono neerlandés con el título de *jonker*, equivalente del *bunker* prusiano. Florida, Los Ángeles, San Diego, San Francisco, vestigios de la colonización española. Massachussets, aunque bautizada así por un cartógrafo británico en 1614, es una expresión india que significa “cerca de la gran colina”. Y muchos otros nombres indígenas: Mississippi (gran río), Connecticut (junto al largo río en el que penetran las mareas), Manhattan (nombre de la tribu que habitaba esa isla a la llegada de los neerlandeses), y muchos más.

Tenemos que librar las batallas ideológicas, en las que vamos a enfatizar que no hay tal choque cultural. Siguen siendo válidas las palabras de Schlesinger en 1921: Lo que sea la historia que pueda ser hecha en el futuro en esas partes del país —con masiva presencia de migrantes—, no será el resultado primariamente de una herencia anglosajona, sino el producto de la interacción entre los más recientes elementos raciales y su reacción articulada al escenario estadounidense.

¿Individualismo utilitarista o individualismo expresivo? Entre John D. Rockefeller y Walt Whitman

Huntington alcanzó celebridad con su *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order*, que interpreta los conflictos internacionales en términos del enfrentamiento de la cosmovisión oriental-musulmana y la cosmovisión occidental-cristiana. El eje bipolar USA-URSS, articulado sobre dos macroproyectos políticos, habría sido sustituido por un eje bipolar de corte religioso.

La debilidad de la clave interpretativa de Huntington ha sido destacada por varios autores mediante dos observaciones elementales: ni los orientales son tan extremadamente distintos de los occidentales (los procesos globalizadores no ocurren en vano), ni los orientales son tan semejantes entre sí como para presentarse en bloque con una postura única y compacta ante la civilización occidental. Huntington alienta una intolerancia que brota de la selectiva construcción de las identidades. Escalante Gozalbo explica el carácter truculento y peligroso de esta manipulación: “Se escoge un conjunto de rasgos culturales, los de un momento histórico o los que imagina la nostalgia, da lo mismo, y se les confiere un valor absoluto para definir la verdadera identidad del grupo que sea; con eso se tiene una justificación trascendente e indiscutible del poder político. La vaguedad de la cultura como derecho individual adquiere así una forma rígida, fronteras, enemigos”⁵⁹. Huntington hace caso omiso de las convergencias oriente-occidente y de las divergencias en oriente. En *Who are we?* Huntington incurre de nuevo en la falacia homogeneizadora. También selecciona ciertos rasgos y excluye otros para demarcar fronteras entre lo auténticamente estadounidense

Para que exista un diálogo fecundo entre las culturas estadounidense y latina, debe eliminarse el peligro del aislamiento de ambas partes.

Sólo buscando el diálogo y la vulnerabilidad cultural se podrá mejorar la posición política y la producción discursiva de los movimientos de inmigrantes y debatir con Huntington y sus seguidores, y con interlocutores más amistosos.

y lo espurio. Pero hay un peligro en este oficio de trazador de fronteras: la delgada línea entre la glorificación de lo WASP y el racismo, entre la reificación de una identidad cultural —presentada como objetiva e inmutable— y la creencia en identidades raciales científicamente demostrables por medio de la biología. Y puede ser una delgada línea

roja, con el tinto de la sangre. Ojo: algunos salen a la calle a apalear migrantes, otros inventan mitos sobre las identidades.

Esta línea imagina más bipolaridad entre los segmentos y más homogeneidades al interior

59. Escalante Gozalbo, Fernando, *op. cit.*, pp. 53-54.

de los mismos de las que realmente existen. Incluso entre los estadounidenses que mejor encajan en el molde WASP existe una heterogeneidad que ha beneficiado y seguirá beneficiando a los inmigrantes latinos. El cabildeo también tiene que apelar y propiciar el rescate de esa heterogeneidad, ostensible incluso entre los más arraigados en el anglo-protestantismo. No existe una verdadera y única identidad estadounidense, cuyos límites, según aspiraría Huntington, podría coincidir con las fronteras políticas de Estados Unidos. ¿Cuál es la esencia de lo estadounidense? ¿El modelo jeffersoniano o el hamiltoniano? ¿Quién se aproxima más al prototipo del estadounidense: George W. Bush o Michael Moore? En el pasado, las ideas y acciones de Monroe, Rockefeller y el Comodoro Vanderbilt fueron el rostro más conocido de Estados Unidos. En nuestros días, la mil veces metamorfoseada nariz de Michael Jackson, la glorificación de la riqueza de las hermanas Hilton y las nalgas de Jennifer López son más decisivas, más decidoras y mejor expresión de las coordenadas culturales estadounidenses que cualquier mitología producida por un profesor de Harvard. La nariz de Michael Jackson, metáfora viviente y caricatura de la asimilación a lo WASP. El colmo de la asimilación: un monstruo. La veneración de las Hilton es la concreción del culto al dinero sin talento que lo produzca; una ideología que John Dewey estimó vigorosa, pero solapada en los años 20: “En lugar del desarrollo de aquellas individualidades que profetizaba, lo que se da es una perversión del ideal entero de individualismo para ajustarse a las costumbres de una cultura del dinero”⁶⁰. Nada tan opuesto a la moral presbiteriana y al *self-made man* o *woman* que Paris Hilton. Y, sin embargo, pocas tan idolatradas como ella. Jennifer López: un trasero latino, cuán ancho es, se hizo un lugar en el mercado cultural más lucrativo del mundo. El mensaje es nítido: si venden, si compran, los traseros latinos serán bienvenidos, en lugar de ser pateados. Y conste que, en realidad, in-

cluso sin fines de lucro, los latinos han tenido muchos intentos exitosos de abrirse espacio en la cultura estadounidense. Para muestra, un botón: los murales de centroamericanos en San Francisco, California.

Hace un par de décadas, un grupo de científicos sociales dirigidos por Robert N. Bellah realizó una investigación muy minuciosa y rigurosa sobre la cultura, valores y rasgos de la identidad estadounidense. Bellah y su grupo se preguntaron cuáles son las creencias y prácticas que modelan el carácter de los estadounidenses y dan forma a su orden social⁶¹. El resultado de la investigación fue el libro *Hábitos del corazón*. Entre otros rasgos, estos investigadores encontraron dos que destacan y muestran cierto grado de oposición: el individualismo utilitarista y el individualismo expresivo. El primero enfatiza el esfuerzo individual orientado hacia la acumulación de riquezas materiales, el sacrificio de todo por el éxito profesional o empresarial. El individualismo expresivo se encarna en el disfrute inmediato de la vida, “una vida llena de experiencias, abierta a toda clase de personas, exuberante tanto en el aspecto sensual como en el intelectual; una vida con sentimientos fuertes”, un yo identificado con otras personas, lugares, la naturaleza y, en última instancia, el universo⁶².

		Individualismo	
		Bajo	Alto
Individualismo	expresivo		John D. Rockefeller
	utilitarista	Walt Whitman	Walt Disney

60. Dewey, John, *op. cit.*, p. 60.

61. Bellah, Robert N.; Madsen, Richard; Sullivan William M.; Swidler, Ann; y Tipton, Steven M., *Hábitos del corazón*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

62. *Ibid.*, p. 57.

Mostraré estos componentes culturales, generadores de identidad, de manera gráfica mediante una matriz donde las distintas combinaciones de individualismo utilitarista e individualismo expresivo —según su dotación sea alta o baja— permiten clasificar a figuras emblemáticas de la cultura estadounidense. Obviamente, el recuadro donde ambos tipos de individualismos tienen baja dotación no es para un miembro de dicha cultura.

El poeta Walt Whitman, enteramente dedicado a la devoción a la naturaleza y a una vida plena de experiencias, es la muestra más extrema del individualismo expresivo. John D. Rockefeller es quizás el personaje que, a lo largo de toda la historia estadounidense, mejor ha encarnado el afán de lucro como motivación de una vida. Walt Disney quizás quiso ser una combinación de ambas tradiciones. ¿Quién podría decir que cada uno de ellos no manifiesta la identidad estadounidense? Tal vez hoy hablaríamos del movimiento *hippie* o ciertos ecologistas como exponentes de los individualistas expresivos: buscan el reverdecer del yo. Donald Trump es la caricatura del prurito del lucro. Y Madona es el híbrido: el *express your self* más rentable.

En este ejemplo apenas he combinando dos variables. Podríamos incluir más rasgos para obtener una matriz enormemente compleja y variada: el puritanismo utópico de John Winthrop, el republicanismo igualitarista de Thomas Jefferson, la fe en el progreso impulsado por iniciativas individuales de Benjamín Franklin, el cultivo profundo del yo de Emerson y Hawthorne, la desobediencia civil de Thoreau, etc. Nadie podrá tener todos los rasgos, porque no se trata de crear un Frankenstein cultural, sino de mantener vivo el diálogo cultural. ¿Podemos los latinos contribuir a ese diálogo? Bellah aboga por los diálogos culturales que mantienen vivas las tradiciones: “Mientras vive, la tradición cultural de un pueblo —sus símbolos, ideales y modos de sentir— constituye siempre un debate sobre el significado del destino común. Las culturas son diálogos dramáticos sobre

temas de importancia para los participantes y la cultura norteamericana no constituye una excepción. [...] La cultura americana sigue viva, siempre que el diálogo continúe y la discusión sea apasionada”⁶³. ¿Por qué no introducir nuevos y variopintos interlocutores para animar el diálogo? Estados Unidos fue bañado por millones de anárquicos italianos, pobretones irlandeses, etc. Y Huntington piensa que no constituyen una amenaza para los valores protestantes porque pudieron ser asimilados. ¿Tan difíciles son de asimilar los latinos? ¿Tan resistentes a la asimilación? A más diferencia, más animado el diálogo. Ya lo decía Wallerstein: “Todos los países se caracterizan por su diversidad, lo cual es una virtud, no un defecto. Un poco más de especias en la cacerola daría más gusto a las cosas”⁶⁴. Hagamos un diálogo y una alianza con la vertiente expresiva de los estadounidenses. Démosle más gusto al *melting pot*. Conspiremos con Walt Whitman y sus seguidores y celebremos. Las manifestaciones contra la ley Sensenbrenner mostraron que son muchos los nativos solidarios, probablemente amantados en tradiciones del individualismo expresivo, el puritanismo utópico, el republicanismo igualitarista, el cultivo profundo del yo y la desobediencia civil.

Bibliografía

- Asimov, Isaac, *El nacimiento de los Estados Unidos (1763-1816)*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- Asimov, Isaac, *La formación de América del Norte*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- Bellah, Robert N.; Madsen, Richard; Sullivan William M.; Swidler, Ann; y Tipton, Steven M., *Hábitos del corazón*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.
- Castañeda, Jorge G., “El debate equivocado sobre la inmigración en Estados Unidos”, *El Nuevo Diario*, Managua, 24 de marzo de 2006.
- CEPAL, “Migración internacional, derechos humanos y desarrollo en América Latina y

63. *Ibíd.*, p. 48.

64. *La Jornada*, 17 de junio de 2002.

- el Caribe. Síntesis y conclusiones”, Trigésimo primer período de sesiones, Montevideo, Uruguay, 2006.
- Datos de salvadoreños en El Salvador, en http://www.digestyc.gob.sv/DigestycWeb/Estado_Demograficas/ProyeccionesDepto.htm
- Dewey, John, *Viejo y nuevo individualismo*, Paidós, Barcelona, 2003.
- El potencial de la comunidad de “allá” para despolarizar la política de “acá” (editorial)*, ECA, No. 648, octubre de 2002, pp. 857-872.
- Escalante Gozalbo, Fernando, “El enemigo en casa. Huntington y la ‘invasión latina’”, *Nueva Sociedad*, No. 201, Ene-Feb 2006, Buenos Aires, Argentina, pp. 46-47.
- Green, Donald P.; Strolovitch, Dara Z.; and Wong, Janelle S., “Defended Neighbourhoods, Integration, and Racially Motivated Crime”, *American Journal of Sociology*, Volume 104, Number 2, 1998, pp.372-403.
- Huntington, Samuel P., *Who are we? The challenges to America’s National Identity*, Simon and Schuster Paperbacks, New York, 2004, pp. XV–XVII.
- La Jornada*, 17 de junio de 2002.
- La Jornada*, 27 de marzo de 2006.
- Lee, Erika, 2004, “Immigration and America's Golden Door”, *Reviews in American History*, The Johns Hopkins University Press, pp.68-75.
- Mármora, Lelio, *Las políticas de migraciones internacionales*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Massey, Douglas S. y Denton, Nancy A., “Trends in the residential segregation of Blacks, Hispanics, and Asians: 1970-1980”, *American Sociological Review*, Volume 52, 1987, pp. 802-825.
- Negrón-Muntaner, Frances, “El trasero de Jennifer López”, *Nueva Sociedad*, No. 201, Ene-Feb 2006, Buenos Aires, Argentina, pp. 129-130.
- Petras, James, “Mesoamérica llega a Norteamérica: dialéctica del movimiento de trabajadores inmigrantes”, tomado de <http://www.telesurtv.net/opinion-mesoamerica.php>
- Race and Hispanic or Latino: 2000, Data Set: Census 2000 Summary File 1 (SF 1) 100-Percent Data.
- Schlesinger, Arthur Meier, “The Significance of Immigration in American History”, *American Journal of Sociology*, Volume 27, Issue 1, 1921, pp. 71-85.
- Schlosser, Eric, *Fast Food*, Debolsillo, Barcelona, 2003.
- Schlosser, Eric, *Porno, marihuana y espaldas mojadas. La economía sumergida en Estados Unidos*, Editorial Debate, Barcelona, 2004.
- Simonnet, Dominique *et al*, *La más bella historia del amor*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.
- The Border Protection, Antiterrorism, and Illegal Immigration Control Act, 2005.
- Tocqueville, Alexis de, *La democracia en América 1*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- U.S. Census Bureau, 2004 American Community Survey, <http://factfinder.census.gov/servlet/DTable?>
- US Department of Commerce, Economics and Statistics Administration, Census Bureau, “The Foreign-Born Population: 2000”, Census 2000 Brief, 2003.